

Leyendo al camarada Nikita

José Marín
Cañas



—(5)—

De la primera época —la de Lenin y Trotsky— conviene recordar varios hechos. Pasaremos sobre ascuas, pues no otra cosa son, sin entrar a fondo en la médula. El primero de ellos, es la fecha cumbre en que la Cheka alcanzó su poderío máximo: Marzo del año 18. La siniestra organización es investida de poder para enjuiciar a sus víctimas y ejecutarlas, si fuere del caso. Se constituye, como es fácil deducirlo, en entidad autónoma, con la capacidad irrestricta de matar. Este momento significa en la historia de la "revolución mundial", una alta diferenciación y una aterradorante meta. Al frente de ella está Dzerjinsky primer jefe de la Cheka en el periodo primigenio de la "Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas".

¿Quién era Dzerjinsky? Trotsky mismo nos da una visión de él, durante su destierro en Siberia, en su libro "Mi vida". Leámoslo: "A la orilla de un gran río y a la luz incierta de una hoguera, vi un día a Dzerjinsky recitar un poema en polaco. Aún sin comprender nada, quedé impresionado por la fuerza interior que fluía por las venas de aquel hombre... Su vida se ha convertido en el siniestro poema de una época". Víctor Serge, comenta sobre el mismo personaje: "Tenía el aspecto de un hombre hipertenso, de un inquisidor. Un hombre de fe, reflexivo, implacable en el deber, aunque con un fondo de bondad".

Sus características contenidas en estas líneas resaltan y quedan definidas, en el momento en que asiste al fusilamiento de Alexandrovich, su amigo y camarada. Alexandrovich, al frente de una parte de la Cheka, (incluyendo a un oscuro capitán al que llaman Stalin), se alza contra Lenin, y éste le gana la partida, en un alarde de gran político. El vencido va al patíbulo, como de costumbre. Dzerjinsky, su gran amigo, está con el reo, que con otros veintinueve acusados, se prepara a morir. Con lágrimas le ofrece a su camarada una escapatoria de amistad: que se mate él mismo, ahí mismo, antes de ser fusilado. Alexandrovich no acepta, porque quiere morir cantando el himno de los socialistas revolucionarios. Cuando el Poder Central quiso desembarazarse del lacrimógeno Dzerjinsky, sabiendo que era cardíaco, lo trasladó al Politburó —¡gran honor!— y recargándolo de trabajo, pudo conseguirse que un día, víctima del infarto, se quedara tieso en su propio escritorio. Se repetía así la técnica usada para terminar con Frunzé, el Mariscal vencedor en Perekop, de la Crimea, a quien se le había recetado una operación para que se entesara en la anestesia, como ocurrió, dado su deplorable estado cardíaco. De Dzerjinsky quedó una frase como para un epitafio: "Su vida se ha convertido en el siniestro poema de una época".

El puesto lo ocupó Yagoda, maestro insigne de la Toxicología.

Yagoda había sido nombrado adjunto de Dzerjinsky, junto con Menjinski, el pianista que, al igual que Chopin, tosa sobre el piano que tocaba. Cada día más enfermo, cada día servía para menos. Yagoda fue, al final de cuentas, quien adquirió

la suprema autoridad. La misma listas de horribles hechos siguió como norma, pero hay en la vida de este personaje dos momentos de resonancia que son inevitables de citar. Ellos nos dan un espléndido panorama del sujeto, como quien retrata una puesta de sol.

Bajo el talento terrible de Yagoda, hacia el año 21, la Cheka había adquirido una sólida estructura. De haber sido ahora, lo llamaríamos un "ejecutivo" y tendría derecho a usar sillón, teléfono, secretaria y auto de "ejecutivo". En aquellos tiempos, era ejecutor, puesto que ejecutaba, verbo de oscura procedencia, y que en nuestra cultura occidental, se le conoce con el vocablo de la palabra popular y arrabalera de verugo o matarife.

Fue en el año 21, precisamente, cuando los marinos de Cronstadt se alzaron en demanda de "cese inmediato de las requisiciones a los campesinos lo que había provocado purgas implacables", "desnacionalización de la industria", "creación de actividades artesanas libres". Programa contrario, rigurosamente opuesto, a la gran política nacional del régimen. En la noche del 17 de marzo, Tujachesvki (que terminó en el patíbulo a pesar de haber sido el jefe de la expedición rusa hacia el oeste, siendo detenido en Varsovia por Pilsudki), desencadenó la ofensiva. A comienzos de abril, la "pacificación" había sido conseguida, las mazmorras quedaban atestadas, y los fusilamientos estibaban montones de cadáveres. El régimen se solidificaba. La historia no lo dice, pero es posible que Menjiski, el músico, revisara toda la obra de Chopin, scherzos, baladas, preludios, estudios y conciertos.

Cuando terminaron los fusilamientos de los legendarios marinos de Cronstadt, Menjinski "estaba en dedos". Que es como decir, en deporte, que "se está en forma".

Un acontecimiento se atraviesa en el relato. Lenin experimenta el primer ataque en el año 1922, y con un proceso alterado por mejorías y recaídas, llega al año 23 ya sin habla, mientras llora en silencio su impotencia. En una reunión del Politburó, en medio de la pena de todos por el estado del gran político, Stalin tiene una idea caritativa, eutanásica y salvadora: "El Viejo —dice— sufre mucho. Me lo ha hecho saber. Pide un veneno. Nosotros podríamos acortar sus sufrimientos". Inalcanzable idea que da una prueba irrefutable del corazón cristiano que remedia y consuela, que alivia y enjuga, que sostiene y alienta. Raramente, como una neblina lejana y difusa, el recuerdo de Yagoda pasó por la mente del grande y futuro estadista. El general Krivitski, huido al extranjero y perseguido y asesinado en 1940, confirmó la existencia del complot contra el viejo león moribundo. Vladimiro Uliánov, el gigante de la época, terminó su vida y fue pasado al mausoleo de la Plaza Roja, sobre la cual siempre existe una hilera de hormigas humanas encaminadas hacia el tumba de Lenin.

¿Quién era Yagoda? Era un farmacéutico, inclinado, por vocación natural, hacia el estudio de los venenos. En ese campo, llegó a ser una potencia respetable. Un verdadero erudito.

El crimen que revela mayor refinamiento dentro de la vida de Yagoda, es la muerte del hijo adoptivo de Máximo Gorki, el letrado de renombre universal que no pudo ser atraído a la política del régimen. Si la obra más voluminosa, "La gran Purga", fue lo que hizo tristemente célebre a Yagoda, es preciso contar, a grandes rasgos y apretadamente, este acto de alta cirugía que tiene el encanto y la

delicadeza de lo monstruosamente horrible.

La esposa de Max Gorki, hijo, se llamaba Leila, y según creo, provenía de la arrinconada nobleza zarista. Yagoda bebía los vientos por Leila, y ésta, harta de la embriaguez consuetudinaria de su marido, pasaba sus días alegremente en la "dacha" del don Juan para romper la monotonía del pesado invierno.

Con el inobjetable deseo de limpiar de abrojos sus amores, dio orden a Kruschov, —secretario de Gorki, el escritor, agente al mismo tiempo de la Cheka, y que por lo mismo tenía a Yagoda al tanto de las conspiraciones del viejo literato—, de que sacara al hijo adoptivo, en su estado permanente de borrachera, a la puerta de la calle y lo dejara dormido y abandonado con las ropas rotas, para fingir un "delirium tremens". Aquella noche bajó la temperatura a treinta y dos grados centígrados bajo cero Gorki hijo amaneció muerto.

Leila, reaccionó contra Yagoda y quiso lavar su culpa atendiendo al suegro, ya moribundo. Era demasiado tarde. Máximo Gorki, desolado por el crimen, murió pocas semanas después.

La perfección de estos hechos, realzaron su capacidad de hombre peligroso, lo cual lo llevó al post: de ejecución —remedio infalible para que perdiera la memoria —en la tarde — noche del 13 de marzo de 1938. Es justo advertir que en el proceso se mantuvo altivo, elegante, frío y cínico.

"La Gran Purga", su obra máxima, se lo tragó también a él. Como a Cova, en "La Vorágine".

Por un error que el autor cometió, propio de su ignorancia, descuido y escasez de fuerzas cuando se mete en un berenjenal de los diablos, como es éste, en el artículo 2 se apuntó el nombre de Yagoda equivocadamente, cuando en realidad, en el asesinato de Kirov, —otra muestra de exquisita técnica,— el que actuó fue Yejov. Como estamos ahora enterrando jefes de la Cheka, aclaro y narro el fin de Yejov, de quien dije, misteriosamente, que había desaparecido. Y rehabilito la memoria del otro pillo.

Yejov constituye, en la historia de los "procedimientos", un verdadero paso adelante. Fue el primero al que enviaron a un asilo de dementes, por las muchas cosas que tenía en el buche. Harto del asilo, se colgó de un árbol y lo encontraron los loqueros, tieso y fantasmal, con un cartelillo guindando, a la manera como se colocan los precios en las carnicerías especializadas en cerdo. El cartel decía "Soy una carroña". Lo escribió y no lo dijo, porque hablaba un ruso indecente.

La medicina, desde Hipócrates hasta la última promoción médica de la Facultad nuestra, no ha dado, en jamás de los jamases, un diagnóstico más exacto, más certero, más justo. "Soy una carroña". ¡Todo era una carroña!

El estilo del nuevo sistema de "asilo" por demencia, hizo fortuna.

Debemos colocar su memoria junto a los mártires a los que su ciencia y los nuevos sistemas o creencias condujeron al patíbulo: Servet, Juana de Arco, el mismo Galileo, que si no abjura, lo queman. Yejov, como no abjuró, tuvo que colgarse. El sistema del "asilo", puesto ya en "cadena", es el que ahora está de moda para los intelectuales que no entran en razón. Fue pues, el "pionero". Rindámosle homenaje al renacuajo —cuentero como una "vieja de patio"— que sirvió con eficacia ilustre al amo y terminó sin músicas ni glorias, guindando de un pal, tal que un aguacate podrido.